

mente las confecciones, y el gran abrigo de terciopelo guarnecido de zorro plateado semejaba el perfil de una mujer sin cabeza que corría á una fiesta en el incógnito de las tinieblas de París.

Dionisia cedió á la seducción y llegó hasta la puerta sin cuidarse de las gotas que la mojaban. Á aquella hora de la noche, con su brillar de horno, acabó de conquistarla *La Dicha de las Damas*. En la gran ciudad, negra y muda bajo la lluvia, en aquel París que desconocía, brillaba como un faro y parecía como la luz y la vida de la ciudad. Soñaba en su porvenir, en el continuo trabajo para educar á los niños, en otras cosas, no sabía cuáles, cosas lejanas que deseaba y temía á un tiempo mismo. La idea de aquella mujer muerta sobre los cimientos se la apareció; tuvo miedo pensando ver sangre en aquellas luces. Luégo la tranquilizó la blancura de los encajes: sintió brotar la esperanza en su corazón, mientras que la fina lluvia la refrescaba las manos y calmaba en ella la fiebre del viaje.

— Allí está Bourras — dijo detrás de ella una voz.

Se inclinó y vió al comerciante inmóvil en la esquina, delante del escaparate, en el que había visto por la mañana la ingeniosa construcción hecha con bastones y paraguas. El viejo de cabeza bíblica se había deslizado en la sombra para hartarse los ojos con aquella triunfante instalación, sin sentir que la lluvia le mojaba la cabeza y corría á lo largo de los cabellos.

— Va á coger una enfermedad — repitió la voz.

Al volverse vió Dionisia de nuevo detrás de ella á los Baudu. Á pesar suyo y haciendo lo mismo que Bourras, á quien encontraban tonto por esto, se ponían ante aquel espectáculo que les partía el corazón. Era una racha que había que aguantar. Genoveva, muy pálida, tenía la certeza de que Colomban miraba las sombras de las oficialas que pasaban detrás de los cristales del entre-suelo, y mientras Baudu se tragaba la ira, se llenaban silenciosamente de lágrimas los ojos de su mujer.

— Entonces..... ¿te presentarás mañana? — acabó por preguntar el pañero lleno de dudas, pero temiendo que su sobrina estuviere conquistada como todos.

Ella dudó un poco y dijo dulcemente:

— Sí, tío; á menos que esto os disguste.....

II

Al día siguiente, á las siete y media, se encontraba Dionisia delante de *La Dicha de las Damas*. Quiso presentarse antes de llevar á Juan á casa de su maestro que vivía lejos, en lo alto del faubourg del Temple. Pero hecha á madrugar, había bajado demasiado pronto; apenas empezaban á llegar los dependientes, y temiendo ser ridícula, y llena de timidez, paseó un poco por la calle Caillou.

El viento frío había secado el piso. De todas las calles iluminadas por la pálida luz de aquel día plomizo, desembocaban á buen paso los dependientes con el cuello del gabán subido y las manos en los bolsillos, como sobrecogidos por aquel primer frío del invierno. La mayor parte iban solos y se hundían en el fondo del almacén, sin hablar ni mirar á sus compañeros; otros iban de dos en dos ó de tres en tres, hablando alto á lo largo de la acera, y todos con igual impulso, y antes de entrar arrojaban en el arroyo su cigarro.

Dionisia notó que muchos de aquellos hombres la miraban al paso. Aumentó su timidez, y no sintiéndose con fuerza para seguirles, resolvió no entrar hasta que no cesase el desfile, ruborizándose á la idea de ser empujada en la puerta por tantos hombres. Pero el desfile continuaba, y para sustraerse á las miradas dió una vuelta por la plaza. Cuando volvió encontró plantado delante de *La Dicha de las Damas* un muchacho alto, pálido y desmadejado, que desde hacía un cuarto de hora parecía esperar como ella.

— Señorita — acabó por decir con voz balbuciente — ¿sois acaso oficiala en la casa?

Se quedó ella tan emocionada de oír que aquel muchacho desconocido la dirigía la palabra, que no supo qué responderle.

— Es que..... veréis..... — siguió él embrollándose más. — Ten-

go el pensamiento de ver si me quieren, y vos podiais haberme dado alguna noticia.

Estaba tan cortado como ella, y se arriesgó á hablarla.

— Con mucho gusto — respondióle ella por fin — pero estoy tan adelantada como vos, porque tambien pienso presentarme hoy.

Se ruborizaron ambos y sus dos timideces se miraron frente á frente, como seducidos por la identidad de sus situaciones, sin atreverse á desear el uno al otro buen éxito. Luégo, y sin añadir nada más, se separaron sencillamente, aguardando de nuevo á pocos pasos uno del otro.

Los dependientes seguian entrando. Dionisia les oia hablar cuando pasaban, mirándola, por su lado. Crecia su turbacion al verse así en espectáculo, y se decidia ya á dar una vuelta de media hora por el barrio, cuando la vista de un jóven que llegaba rápidamente por la calle de Port-Mahon la detuvo un minuto. Debía ser jefe de seccion, porque todos los dependientes le saludaban. Era alto, blanco, de cuidada barba; ojos color de oro viejo, aterciopelados, con los que miró un instante á la jóven al atravesar la plaza. Entró indiferente en el almacen y ella quedó inmóvil, llena de singular emocion, en la que había más malestar que encanto. Tuvo decididamente miedo, y bajó lentamente la calle Caillou y luégo la de San Roque, esperando hacer provision de valor.

Aquel jóven era algo más que jefe de seccion: era Octavio Mouret en persona. No habia dormido aquella noche, porque, al salir de una reunion en casa de un agente de cambio, fué á cenar con un amigo y dos mujeres reclutadas en los bastidores de un teatrillo. Su gaban abotonado ocultaba su traje y su corbata blanca. Subió deprisa á su casa, se mudó, y cuando fué á sentarse en su despacho del entresuelo estaba fresco, con la mirada viva y tan vigilante como si hubiese dormido diez horas. El despacho, desahogado y amueblado de pino viejo y reps verde, tenía por único adorno un retrato, el de la señora Hédouin, de la que aún hablaba el barrio. Desde que murió guardaba Octavio para ella terna memoria, como reconocido á la fortuna que le entregó con su mano. Así que, ántes de ponerse á firmar, dirigió al retrato una sonrisa de hombre feliz. ¿No trabajaba delante de ella, despues de sus calaveradas de jóven viudo, al salir de los dormitorios á que le llevaba la necesidad del placer?

Llamaron, y, sin esperar permiso, entró un jóven alto y delga-

do, de finos labios y nariz afilada, correcto en su persona, con los cabellos alisados, en los que se veian hebras grises. Mouret levantó la cabeza, y, sin dejar de firmar, dijo:

— ¿Se ha dormido bien, Bourdoncle?

— Bien, gracias — contestó el jóven, que andaba á cortos pasos, como si estuviese en su casa.

Bourdoncle era hijo de un arrendatario de los alrededores de Limoges, y habia empezado en *La Dicha de las Damas* al propio tiempo que Mouret, cuando el almacen ocupaba apénas el ángulo de la plaza Caillou. Inteligente y activo, pareció en aquel tiempo que sustituia á su compañero, ménos sério, más descuidado, de apariencia más aturdida, siempre entre faldas; pero carecia del genio de aquel provenzal apasionado, de su audacia, de su gracia victoriosa. Además, y por instinto, se habia inclinado ante él obediente, sin luchar, desde el primer momento. Cuando Mouret indujo á sus dependientes á que le confiasen sus ahorros, Bourdoncle fué de los primeros en hacerlo, confiándole hasta la inesperada herencia de una tia. Poco á poco, y pasando por todos los grados, desde hortera hasta segundo dependiente y jefe de mostrador de sedas, llegó á ser segundo del principal, el más querido y consultado, uno de los seis consócios que le ayudaban á manejar *La Dicha de las Damas*, lo que era como el Consejo de Ministros de un rey absoluto. Cada uno de ellos tenía á su cargo una provincia, y Bourdoncle la superior inspeccion.

— ¿Y vos? — repuso familiarmente — ¿habeis dormido bien?

Cuando Mouret dijo que no se habia acostado, movió la cabeza murmurando:

— Pésima higiene.

— ¿Por qué? — contestó alegremente el otro. — Estoy ménos cansado que vos. Teneis las cejas hinchadas de sueño; os entorpecéis..... ¡Divertíos, eso os removerá las ideas!

Esta era siempre su amistosa disputa. Bourdoncle habia jubilado á sus queridas, porque, segun decia, le impedian dormir. Al presente hacia gala de odiar á las mujeres, teniendo fuera encuentros de que no hablaba, tan poco espacio ocupaban en su vida, y contentándose con explotar en el almacen á las parroquianas, despreciando la frivolidad de éstas que les hacía arruinarse por necias chucherías. Mouret, al contrario, afectaba éxtasis quedándose plantado alegremente delante de las mujeres y siempre en pos de amores nuevos; sus golpes de Tenorio eran como un

reclamo para la venta: algo que envolvía á todo el sexo en la misma caricia para mejor deslumbrarle y tenerle á merced suya.

— He visto á la señora Desforges anoche — dijo. — Estaba deliciosa en el baile.

— ¿No cenasteis despues con ella? — preguntó el sócio.

Mouret se escandalizó.

— ¡Oh! es honradísima, querido..... Cené con Elvira, la de *Fo-lies*. Torpe como un pato, ¡pero tan diablillo!.....

Tomó otro paquete de firma y continuó escribiendo. Bourdoncle seguía paseando á paso menudo, y fué á echar una mirada sobre la calle Neuve-Saint-Augustin por los altos cristales. Luégo se volvió y dijo:

— Ya sabéis que se vengarán.

— ¿Quiénes? — preguntó Mouret, olvidado de lo que habían hablado.

— Pues..... las mujeres.

Mouret dejó entrever el fondo de su brutalidad bajo el aspecto de adoracion sensual. Con un encogimiento de hombros pareció decir que las echaría por tierra como sacos vacíos el día que le hubiesen ayudado á hacer su fortuna. Bourdoncle repitió friamente:

— Se vengarán..... Vendrá una que vengará á las demas. Esto es axiomático.

— ¡No hay miedo! — exclamó Mouret exagerando su acento provenzal. — Esa no ha nacido todavía, y si viniese, ya sabéis.....

Levantó la pluma, hundiéndola en el espacio como si atravesase un corazon invisible. El socio volvió á pasearse, inclinándose como siempre ante la superioridad del principal, cuyo genio, lleno de profundidades, le desconcertaba. Él, tan igual, tan lógico, sin pasiones, sin caídas, no comprendía esa fuerza que busca el éxito en este París, que premia al más atrevido.

Hubo una pausa; no se oía más que la pluma de Mouret. Luégo, y á instancia de éste, dió Bourdoncle informes sobre la venta de novedades para invierno que debía tener lugar el próximo lunes. Era asunto serio, en el que jugaba la casa su fortuna, porque algo había de cierto en las murmuraciones del barrio. Mouret fantaseaba con la especulacion con rumbo tal y tan gran deseo de lo colosal, que todo parecía deber hundirse á su paso. Tenía un nuevo modo de ser para el negocio, una aparente fantasía comercial que ya en tiempos inquietaba á la señora Hédouin, y

que ahora, á pesar de los primeros éxitos, seguía preocupando á los consocios. Se acusaba en voz baja al principal de ir sobrado aprisa y de haber aumentado los almacenes ántes de contar con igual aumento de clientela. Se temió, sobre todo, al verle poner todo el contenido de la caja á un azar, llenando de bote en bote las anaquelarias con géneros y sin reservar ni un sueldo. Así, para aquella venta de novedades, y fuera de las sumas considerables pagadas por obras de albañilería, hubo que arrostrar todo el capital. Se trataba una vez más de vencer ó morir. En medio de aquel pánico guardaba él su alegría, su certeza del éxito, como hombre querido de las mujeres, que no pueden dejarle en la estacada. Cuando Bourdoncle se permitía hacerse eco de los temores á propósito del vuelo exagerado dado á ciertas secciones cuyos negocios eran dudosos, él se sonreía con confianza, diciendo:

— Dejad hacer, querido; la casa es pequeña aún.

El otro se aterraba. ¡Pequeña la casa! ¡Una casa que contaba con diez y nueve secciones y tenía cuatrocientos tres empleados!

— No cabe duda — replicó Mouret — de que nos tendremos que ensanchar ántes de ocho meses. Pienso seriamente en ello. Anoche me prometió la señora Desforges que en su casa vería á una persona que..... Pero ya hablaremos de esto cuando madure la idea.

Acabó de firmar, se levantó y dió dos amistosos golpes en la espalda del asociado. Aquel terror de gentes prudentes en torno suyo le divertía. En un acceso de brusca franqueza, con los que anonadaba á sus íntimos, declaró que era en el fondo más judío que todos los judíos juntos. Tenía de su padre, á quien se parecía física y moralmente, el dón de conocer el valor del dinero; y si había heredado de su madre aquella silueta fantástica, era acaso el lado mejor de su suerte, porque sentía en sí la fuerza invencible de su audacia.

— En fin, ya sabéis que se os seguirá hasta lo último — concluyó Bourdoncle.

Ántes de bajar al almacén á echar el vistazo reglamentario, perfilaron algunos detalles. Examinaron el modelo de un nuevo cuaderno que Mouret había ideado para las notas de débito. Habiendo notado que el género pasado de moda se vendía más cuanto mayor era la prima dada al dependiente, había basado sobre aquella observacion un nuevo negocio. Interesó en lo sucesivo á sus dependientes en la venta de todos los géneros, fijándoles un

tanto por ciento sobre el menor retal ó el más pequeño objeto vendido por ellos; mecanismo que habia obrado una revolucion en las novedades y creado entre los dependientes una lucha por la existencia, de que se beneficiaban los principales. Aquella lucha era entre sus manos el principio favorito, la fórmula que aplicaba constantemente. Mitigaba las pasiones, ponía á flote las fuerzas, dejando que el pez grande se comiera al chico, y engordando él con esta batalla de intereses. El modelo del cuaderno fué aprobado. En la parte superior y en el talon y matriz se veía la indicacion de la seccion y el número del dependiente; luégo, y en ambos lados tambien, columnas para anotar la medida, clase del género y precio: el dependiente firmaba la nota ántes de mandarla al cajero. De aquel modo la comprobacion era facilísima; bastaba confrontar los talones de la caja con las matrices que tuviera el dependiente. Á fin de semana recogía éste su tanto por ciento y su prima, sin error posible.

—Nos robarán ménos—dijo Bourdoncle satisfecho.—Habeis tenido una idea excelente.

—Pues áun he pensado en otra cosa esta noche—continuó Mouret;—sí, querido, esta noche, en la cena. Deseo dar á los empleados de contabilidad una pequeña prima por cada error que hallen en las notas de débito al confrontarlas. Ya comprenderéis que no descuidarán ni una, y que si no ven errores, los inventarán.

Se rió, mientras el otro le miraba admirado. Aquella aplicacion nueva de la lucha por la existencia le seducia; tenía el génio del mecanismo administrativo, y soñaba con organizar la casa de modo que espolease los apetitos ajenos en provecho de los propios. Cuando se quiere sacar de las gentes todo lo que valen, decia á menudo, es preciso ponerlas en lucha con sus necesidades.

—Está bien, bajemos—dijo Mouret.—Hay que ocuparse de la venta próxima. La seda llegó ayer, ¿verdad? Fué Bouthemont á recibirla.

Bourdoncle le siguió. La oficina de recepcion estaba en el subsuelo del lado de la calle Neuve-Saint-Augustin. Junto á la abertura del sótano descargaban los camiones. Despues de pesadas las cajas, bajaban por una rampa rápida, cuyo herraje rechinaba al roce de los fardos y las cajas. Todo entraba por aquella trampa: era un tragar continuo, una cascada de tejidos que caian con

ruido. En las épocas de buena venta, sobre todo, la rampa ocultaba en el sótano toda una marea de sederías de Lyon, lanas de Inglaterra, telas de Flándes, percales de Alsacia, indianas de Rouen. Muchas veces tenían que formar fila los camiones, y los paquetes hacian al caer en aquella sima el ruido sordo de la piedra arrojada al pozo.

Al pasar, se detuvo Mouret un instante delante de la rampa que funcionaba. Filas de cajas bajaban solas, sin que se viese qué brazos las empujaban, como una lluvia. Luégo aparecieron los fardos, girando sobre sí mismos como piedras rodadas. Mouret miraba sin decir palabra, pero chispeaban sus ojos viendo aquel torrente de mercancías, cuyo paso valia miles de francos por minuto. Nunca tuvo tan clara idea de la comenzada batalla. Aquel monton de géneros era el que se trataba de lanzar á los cuatro vientos de París. Continuó su inspeccion sin desplegar los labios.

En la penumbra gris que bajaba por las claraboyas, varios hombres recibian el envío, mientras otros abrian las cajas y fardos en presencia de los jefes de seccion. Una agitacion especial llenaba el fondo del subsuelo, en donde pilares de fundicion sostenian las bovedillas, y cuyos desnudos muros no tenían ni una mancha de humedad.

—¿Está todo, Bouthemont?—preguntó Mouret, aproximándose á un jóven de ancha espalda, ocupado en confrontar el contenido de una caja.

—Sí, señor, debe estar todo—contestó el jóven;—pero tengo que hacer para toda la mañana.

El jefe de seccion consultó con un vistazo la factura sobre un gran mostrador, en el que los dependientes colocaban una por una las piezas de seda que salian del bulto. Detrás de ellos se alineaban otros mostradores, llenos igualmente de género, que examinaba un pequeño ejército de dependientes. Era un desenvolver general, una aparente confusion de telas reconocidas, plegadas, marcadas, todo entre el confuso hervir de las voces.

Bouthemont, especialidad en su género, tenía una cara redonda de muchacho alegre, barba negra como la tinta y ojos castaños. Nacido en Montpellier, alegre, dicharachero, era flojo para la venta; pero no tenía rival comprando. Enviado á París por su padre, que tenía allá abajo un almacen de novedades, se negó obstinadamente á volver á la tierra cuando su padre juzgó que sabria lo bastante para sucederle. Desde entónces nació una es-

pecie de rivalidad entre padre é hijo : el primero, hecho á su pequeño negocio de provincia, indignado de ver á un simple dependiente ganar el triple que él; el segundo, riéndose de la rutina del viejo, haciendo sonar sus ganancias y revolviendo la casa á cada viaje. Como los demas jefes de mostrador, Bouthemont añadia á sus 3.000 francos de sueldo fijo un tanto por ciento sobre la venta. Montpellier, sorprendido y respetuoso, confesaba que Bouthemont hijo se habia embolsado el año precedente cerca de 15.000 francos. Aquello no era más que empezar, y la gente profetizaba al exasperado padre que la cifra aumentaría.

En tanto, examinaba Bourdoncle una de las piezas de seda con aire atento de persona competente. Era un *sayá* rayado de azul y plata, el famoso *Paris-Bonheur*, con el que Mouret contaba dar un golpe decisivo.

—Es verdaderamente bueno—murmuró el socio.

—Tiene más vista que buena calidad—dijo Bouthemont;—no hay quien nos haga esto mejor que Dumonteil. En mi último viaje, cuando me indispose con Gaujean, quiso poner éste 100 obreros á fabricar este modelo; pero pedia 25 céntimos más por metro.

Casi todos los meses salía Bouthemont á las fábricas, viviendo temporadas en Lyon, hospedándose en los mejores hoteles y con orden de tratar á los fabricantes á cuerpo de rey. Gozaba de absoluta libertad, compraba como le parecia, bajo la confianza de que todos los años aumentaba el negocio de su seccion en una cifra de antemano fijada. Sobre esta cifra cobraba su tanto por ciento. Su situacion en *La Dicha de las Damas*, como la de los demas jefes sus colegas, era la de un comerciante especial en aquel conjunto de negocios y comercios diversos.

—¿Entonces está decidido que le marquemos 5 francos 60 céntimos? Ya sabeis que éste es casi el precio de compra.

—Sí, sí, 5 con 60—dijo vivamente Mouret—y si fuese yo solo los daría con pérdida.

El jefe de seccion se rió de buenisima gana.

—Por mi parte, hecho. Esto triplicará la venta, y como mi interés es el de llegar á los grandes cobros....

Pero Bourdoncle estaba serio y con los labios fruncidos. Él cobraba su tanto por ciento sobre el beneficio total y no le convenia bajar el precio. Precisamente su intervencion recaía sobre el precio, porque Bouthemont, en su deseo de aumentar la cifra de

venta, despachaba con pequeña ganancia. Por otra parte, renacian sus inquietudes ante las combinaciones del *reclamo*, que no entendia, y se atrevió á mostrar su repugnancia diciendo:

—Si la damos á 5,60 es como darla en pérdida, porque hay que cubrir los gastos, que son grandes. En todas partes se venderá á 7 francos.

Mouret se amoscó, y poniendo la mano abierta sobre la seda, exclamó nerviosamente:

—Yo sé por qué quiero hacer este regalo á nuestras parroquianas. No comprenderéis nunca á la mujer, querido. Han de arrancarnos de las manos esta seda.

—Sin duda—replicó tercamente el socio—y cuanta más se nos lleven más perderemos.

—Perderemos algunos centimos en el género, lo sé. ¿Y luégo? ¡Pues luégo tendremos la desgracia de atraer á las mujeres, y una vez en la casa, seducidas por nuestros géneros, vaciarán sus bolsillos sin contar! Mi objeto, amigo mio, es deslumbrarlas, y eso se hace con un artículo-cebo que forme época. Despues podeis vender los demas artículos tan caro como querais : creerán que lo pagan barato. Por ejemplo, nuestro *cuir d'or*, ese tafetan á 7 francos 50, que se vende en todas partes á este precio, va á parecer aquí una ganga y cubrirá la pérdida del *Paris-Bonheur*... Veréis, veréis...

Estaba elocuente.

—Oidme : quiero que en ocho dias el *Paris-Bonheur* haga sensacion en la plaza. Es nuestro golpe final, el que decidirá de la vida ó la muerte. No se hablará más que de él, y el listado azul y plata se conocerá de un extremo á otro de Francia. Veréis qué golpe para nuestros competidores. El comercio en pequeño sufrirá rudo golpe. ¡Boca abajo todos esos covachuelistas que esconden sus reumatismos en sus cuevas!

En torno del principal los dependientes escuchaban sonriendo. Le gustaba hablar y comunicar á los demas su fiebre creadora. Bourdoncle cedió de nuevo. Entre tanto se habia vaciado la caja y dos hombres desclavaban otra.

—Los fabricantes son los únicos que no se rien—dijo entonces Bouthemont.—En Lyon están furiosos contra vos, porque dicen que nuestras baratarias les arruinan. Ya sabeis que Gaujean me ha declarado la guerra y ha jurado que abrirá créditos á larga fecha á las casas modestas ántes que aceptar mis precios.

Mouret se encogió de hombros.

—Si Gaujean no es razonable—respondió—se quedará en la estacada. ¿De qué se quejan? Se les paga en seguida, tomamos cuanto fabrican, y lo ménos que pueden hacer es trabajar para quien les tiene más cuenta. Y ademas basta que el público se aproveche de ello.

El dependiente vació la segunda caja mientras Bouthemont apuntaba las piezas, consultando la factura. Otro dependiente, al extremo del mostrador, las marcaba en seguida con cifras conocidas, y hecha la comprobacion, la factura, firmada por el jefe de seccion, subia á la caja central. Mouret miró aún un momento aquel trabajo, aquella actividad del desembalaje que amenazaba inundar el subsuelo, y luégo, sin añadir una palabra, se alejó con aspecto de general satisfecho de sus tropas, seguido de Bourdoncle.

Atravesaron lentamente el subsuelo; de trecho en trecho arrojaban las claraboyas pálidas claridades, y en el fondo de los oscuros rincones y á lo largo de los estrechos pasillos ardian sin cesar los mecheros de gas. En estos pasillos estaban las reservas, huecos cerrados por portillos en los que cada seccion encerraba el exceso de sus artículos. Al pasar echó el principal una ojeada al calorífero que debía encenderse el lunes por primera vez, y al reten de bomberos que custodiaban un contador gigante encerrado en una jaula de hierro. La cocina y los comedores, antiguos sótanos transformados en salitas, estaban á la izquierda, hácia la esquina de la plaza Caillou. Por fin llegó al otro extremo del subsuelo, al servicio de distribucion. Los paquetes que los parroquianos no se llevaban bajaban hasta allí, puestos en tableros por compartimientos que representaban los diversos barrios de París. Despues, y por una ancha escalera que caia justamente frente *El Viejo Elbeuf*, se subian á los carruajes que estacionaban junto á la acera. En el mecanismo de *La Dicha de las Damas* esta escalera de la calle Michodiére expedía sin cesar las mercancías que tragaba la rampa de la calle Neuve-Saint-Augustin despues de pasar por los engranajes de los mostradores.

—Campion—dijo Mouret bruscamente al jefe del departamento, antiguo sargento de lacio aspecto—¿por qué razon no se han llevado por la tarde seis pares de sábanas compradas ayer por una señora á eso de las dos?

—¿Dónde vive esa señora?—preguntó el empleado.

—Calle de Rivoli, esquina á la de Argel. La señora Desforges.

Á aquella hora de la mañana estaban vacios los tableros de distribucion, y los compartimientos sólo contenian algunos paquetes dejados la vispera. Mientras Campion buscaba entre éstos despues de consultar un registro, Bourdoncle miraba á Mouret pensando en que aquel diablo de hombre lo sabia todo y de todo se ocupaba, lo mismo en las mesas de los restaurants que en las alcobas de sus queridas. El jefe del departamento descubrió al fin la equivocacion; la caja habia dado un falso número y el paquete no habia llegado.

—¿Qué caja es ésa?—dijo Mouret—¿la caja 10?

Y volviéndose al consocio, añadió:

—La caja 10 es de Alberto, ¿no es eso? Vamos á decirle dos palabras.

Pero ántes de dar una vuelta por el almacén quiso subir al servicio de expediciones, que ocupaba gran parte del segundo piso. Allí llegaban todos los pedidos de provincias y el extranjero, y por la mañana iba á ver la correspondencia. Ésta crecia de dia en dia desde hácia dos años. Lo que habia ocupado al principio diez empleados necesitaba ya más de treinta. Los unos abrian las cartas; otros las leian en una misma mesa, y otros las clasificaban dándolas un número que correspondia á un casillero. Cuando se mandaban las cartas á las diferentes secciones, y éstas remitian los géneros, se colocaban en los casilleros con su número de orden. Sólo quedaba la comprobacion y embalaje en el fondo de una pieza vecina, en donde varios obreros clavaban y enfardaban de la mañana á la noche.

Mouret hizo su pregunta habitual:

—¿Cuántas cartas, Levasseur?

—Quinientas treinta y cuatro—respondió el jefe del servicio.

—Cuando llegue la venta del lunes temo no tener bastante gente.

Ayer apénas podiamos con el trabajo.

Bourdoncle movió satisfecho la cabeza: no contaba con aquellas quinientas treinta y cuatro cartas. En torno á la mesa abrian y leian los empleados con ruido incesante de papel arrugado, mientras comenzaba el vaiven de géneros en los casilleros. Era uno de los servicios más complicados y considerables de la casa: se vivia en fiebre perpétua, porque era preciso que los pedidos hechos en el dia saliesen por la tarde.

—Se os dará la gente que necesiteis, Levasseur—contestó al fin Mouret, que de una ojeada se enteró del buen estado del ser-

vicio.—Ya sabéis que cuando hay trabajo no escaseamos la gente.

En la parte superior de la casa estaban las habitaciones en que dormían los dependientes. Mouret no subió; bajó á la caja central, instalada cerca de su despacho. Era una pieza cerrada por una mampara de vidrio, en la que se veía una enorme caja de hierro empotrada en el muro. Dos cajeros reunían allí las cuentas que subía por la noche Lhomme, el primer cajero, haciendo los pagos á los fabricantes, á la dependencia y á cuantos de la casa se mantenían. La caja comunicaba con otra pieza en que otros empleados comprobaban las facturas. Había aún otra oficina: seis jóvenes inclinados sobre pupitres negros y teniendo á sus espaldas colecciones de registros, hacían la cuenta del tanto por ciento de los dependientes, coleccionando las notas de débito. Este nuevo servicio no funcionaba bien.

Mouret y Bourdoncle atravesaron la caja y oficina de comprobación. Cuando en la última oficina se sorprendieron los empleados que reían, Mouret no les riñó, y les explicó el sistema de la prima que pensaba darles por cada error que viesen en las notas de débito. Cuando se marchó cesaron de reír los empleados, y se pusieron á trabajar con ardor en busca de los errores.

Ya en el almacén, fuése Mouret derecho á la caja 10, en donde Alberto Lhomme se pulía las uñas esperando la clientela. Se solía decir, «la dinastía de los Lhomme», desde que la señora Aurelia, la principal de las confecciones, después de hacer á su esposo primer cajero, obtuvo una plaza para su hijo, un buen mozo pálido y vicioso que no podía estar en parte alguna, y que la daba disgustos continuos. Mouret se detuvo. Le repugnaba comprometer su popularidad en oficios de gendarme, guardando por gusto y táctica su papel de dios amable. Tocó ligeramente en el codo á Bourdoncle, el hombre impecable, el hombre-cifra que se encargaba siempre de las ejecuciones.

—Señor Alberto—dijo el último severamente—habeis equivocado las señas de un paquete que no se ha enviado. Esto no puede seguir así.

El dependiente quiso defenderse apelando al testimonio del mozo que hizo el paquete. El mozo, llamado José, pertenecía también á la dinastía de los Lhomme como hermano de leche de Alberto, y debía su plaza á la señora Aurelia. Como el joven quisiese hacerle decir que el error fué de la compradora, balbuceó sobándose la barbilla de su rostro curtido, constreñido entre su

conciencia de viejo soldado y la gratitud hácia sus protectores.

—Dejad á José tranquilo—dijo Bourdoncle—y no me contesteis sobre todo. Teneis verdadera suerte en que apreciemos los servicios de vuestra madre.

Lhomme el viejo acudió. Desde su caja, situada cerca de la puerta, veía la de su hijo, en la sección de guantería. Canoso y algo abotagado por su vida sedentaria, tenía el rostro como iluminado por el reflejo de la plata que contaba sin cesar. Su brazo manco no le hacía falta para esta operación, y era curioso verle comprobar las cuentas; de tal modo se deslizaban los billetes y la moneda en su mano izquierda, única que le quedaba. Hijo de un cobrador de Chablis, vino á París como dependiente-escribiente en casa de un negociante del *Port-aux-Vins*. Viviendo en la calle Cuvier, se casó con la hija de su portero, cortador alsaciano, y desde entonces se sometió á su mujer, cuyas facultades comerciales le admiraban. Cobraba ella más de doce mil francos en las confecciones, y él sólo cinco mil de sueldo fijo. Su deferencia hácia una mujer que tal suma traía á casa, se extendía hasta su hijo, que venía de ella.

—¿Qué hay?—dijo.—¿Ha faltado Alberto?

Entonces y según su costumbre, entró Mouret en escena para hacer de príncipe magnánimo. Cuando Bourdoncle se hacía temer cuidaba él de su popularidad.

—Una tontería—dijo—mi querido Lhomme—nuestro Alberto es un aturdido que debía tomaros por modelo.

Luégo cambió de conversación mostrándose amable.

—¿Y el concierto del otro día? ¿Estabais bien colocado?

El viejo cajero se ruborizó. No tenía más que aquel vicio, la música, vicio secreto que satisfacía á solas corriendo á los teatros y audiciones. Á pesar de su manquedad, tocaba la trompa, gracias á un ingenioso sistema de palancas. Como la señora Lhomme detestaba el ruido, envolvía su instrumento en una tela, gozándose en las extrañas notas que emitía. Esto y el dinero de su caja eran su mundo, fuera parte de su respeto hácia su mujer.

—Muy bien colocado, sí.... sois muy bueno—contestó con los ojos brillantes.

Mouret, que gustaba de satisfacer las propias pasiones, daba muchas veces á Lhomme los billetes que le hacían tomar las damas protectoras, y acababa de seducirle, diciendo:

—¡Ah, Beethoven! ¡ah, Mozart.... qué música!

30797

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Sin aguardar respuesta se alejó, uniéndose á Bourdoncle, que se disponia á recorrer las secciones. En la rotonda central, y en un espacio separado, se hallaba la seda. Los dos siguieron la galería de la calle Neuve-Saint-Augustin, que ocupaban las telas blancas de un extremo á otro. Nada anormal hallaron, y pasaron lentamente entre los respetuosos dependientes. Volvieron por entre el algodón y el género de punto: todo en orden. Pero en las lanas, á lo largo de la galería perpendicular á la calle Michodière, volvió á tomar Bourdoncle su aspecto de gran ejecutor viendo á un jóven apoyado en un mostrador con aire de gandul. Este jóven, llamado Lienard, hijo de un rico comerciante de novedades de Angers, bajó la frente ante la reprimenda: el único temor de su vida de pereza y placeres era el de ser llamado por su padre. Empezaron á llover las observaciones, y la galería de la calle Michodière recibió el chaparrón. En los paños, un hortera debutante, que dormía en la casa, habia vuelto despues de las doce; en la pasamanería, otro á quien se encontró fumando un cigarrillo en el sótano. En la guantería estalló la tempestad en la cabeza de uno de los pocos parisienses de la casa, el hermoso Mignot, como le llamaban, hijo ilegítimo de una cualquiera. Su delito era el de haber escandalizado en el refectorio quejándose de la alimentacion. Como habia tres mesas, á las nueve y media, diez y media y once y media, lo explicó diciendo que como era de la tercera le tocaban siempre las salsas.

—¡Cómo! ¿no es buena la comida?—dijo con aire sencillo Mouret.

No daba más que un franco cincuenta por día y cubierto al cocinero, terrible auvernés que áun así encontraba medio de llenarse los bolsillos. El alimento era realmente pésimo; pero Bourdoncle se encogió de hombros: un hombre que tenia que servir cuatrocientos almuerzos y cenas en tres séries, no podia hacer primores.

—No importa—dijo bondadosamente el principal;—quiero que mis empleados tengan alimento sano y abundante. Hablaré al cocinero.

Y así se dió carpetazo á la reclamacion de Mignot. Volvieron á su punto de partida, cerca de la puerta, entre las corbatas y los paraguas, y recibieron el parte de uno de los cuatro inspectores encargados de la vigilancia interior. El padre Jouve, antiguo capitán condecorado en Constantina, áun buen mozo, con su nariz

sensual y su majestuosa calva, les señaló á un dependiente que por una simple indicacion de su parte le llamó *viejo chocho*. El dependiente fué despedido en el acto.

El almacén estaba vacío de compradores. Únicamente las mujeres del barrio atravesaban las galerías desiertas. En la puerta, el inspector que anotaba la entrada de los dependientes acababa de cerrar su registro, anotando aparte los morosos. Era el momento en que los empleados se instalaban en sus secciones, que los mozos habian barrido y arreglado desde las cinco. Cada cual se quitaba su sombrero y su gabán, ahogando un bostezo y con la cara llena de sueño. Los unos cambiaban frases mirando al aire y preparándose para el día; otros, sin apresurarse, quitaban las sargas verdes que cubrian el género y las plegaban, y aparecian las pilas de telas simétricamente arregladas. Todo el almacén estaba en orden y como alegrado por la luz del día, esperando que la racha de la venta lo conmoviese con la confusion de telas, paños, sedas y encajes.

Bajo la viva luz de la rotonda central, en la sedería, hablaban dos dependientes. El uno, jóven y agradable, de fuerte cintura y rosado color, se ocupaba en casar los colores de la seda en una anaquelera interior. Se llamaba Hutin, hijo de un cafetero de Ivetot, y habia sabido en diez y ocho meses llegar á ser uno de los primeros en la venta, por una natural flexibilidad y cariño, que ocultaba un apetito feroz, comiendo de todo, pero sin deseo para el placer.

—¡Yo que vos, Favier, le hubiera dado de cachetes; palabra de honor!—le decia al otro, mozo alto y bilioso, seco, amarillo, nacido en Besançon de una familia de tejedores, y que ocultaba bajo un aspecto frio una voluntad inquieta.

—No se adelanta nada con eso de dar de cachetes—dijo con flema.—Vale más esperar.

Ambos hablaban de Robineau, que era el encargado de vigilar á los dependientes mientras el jefe de la seccion estaba en el subsuelo. Hutin minaba bajo cuerda al segundo, cuya plaza deseaba. Para hacerle dimitir, el día que la plaza de primero, que se le prometió, estuvo libre, imaginó que pasase Bouthemont á ella; pero Robineau se aperció y al presente era un batallar diario. Hutin soñaba con amotinar contra él la seccion y obligarle á irse á fuerza de malquerencias y vejaciones. Lo hacia con su aspecto amable, y excitaba sobre todo á Favier, que estaba con él y que

parecía dejarse llevar, pero con bruscas reservas, en las que palpataba una aversión personal y muda.

— ¡Chist! Diez y siete — dijo vivamente á su compañero, advirtiéndole con esta exclamación convenida de la aproximación de Mouret y Bourdoncle.

Éstos continuaban su revista atravesando la rotonda. Se detuvieron pidiendo explicaciones á Robineau acerca de un *stock* de terciopelos, cuyos cartones apilados obstruían un mostrador, y como aquél dijere que faltaba sitio:

— Ya os lo dije, Bourdoncle — dijo Mouret sonriendo. — El almacén es pequeño. Cualquiera día habrá que tirar las paredes hasta la calle Choiseul.... Ya veréis los apuros el próximo lunes.

Y á propósito de aquella gran venta que se preparaba, interrogó á Robineau y le dió órdenes. Sin dejar de hablar seguía con la mirada el trabajo de Hutin, que seguía colocando sedas azules junto á sedas grises y amarillas, echándose atrás para juzgar de la armonía de los tonos. Mouret intervino bruscamente.

— ¿Pero por qué cuidais tanto la vista? — dijo. — No tengais miedo, y dejad ciego al público si es preciso. ¡Así: rojo, verde, amarillo!

Tomó las piezas y las manejó y arrugó colocándolas en arco iris brillante. Todos convinieron en que el principal era el primero para colocar el género en París, un revolucionario que había fundado la escuela de lo brutal y gigantesco en la ciencia de disponer la mercancía. Prefería que las telas se presentasen como caídas de cajas rotas, y cuyos colores se encendiesen los unos en los otros. Al salir del almacén, decía, deben dolerles los ojos á los compradores. Hutin, que era al revés, de la escuela de la simetría, buscada en los matices, le miraba propagar aquel incendio sobre un mostrador sin permitirse la menor observación, pero con los labios plegados por una mueca de artista á quien semejante procedimiento no agradaba.

— Ahí está — dijo Mouret acabando. — Esperemos y veréis el lunes si atrae á las mujeres ó no.

Justamente al reunirse á Bourdoncle y Robineau se detuvo un momento, admirada ante el escaparate, una mujer. Era Dionisia. Después de dudar una hora en la calle, se había decidido á entrar. Estaba emocionada hasta el punto de no comprender las explicaciones más claras. Los dependientes, á quienes preguntó balbuceando por la señora Aurelia, le indicaron la escalera del entre-suelo, y ella torcía á la izquierda cuando la habían dicho que á la

derecha. Recorría el piso bajo de sección en sección entre la curiosidad malévola de los empleados. Sentía al mismo tiempo deseos de desahogarse llorando y ganas de admirarlo todo. Se sentía perdida en el monstruo cuya máquina descapsaba aún, temblando de ser cogida entre sus engranajes cuando funcionase. La imagen de la tienda oscura y estrecha de *El Viejo Elbauf* la hacía parecer mayor el vasto almacén, como si fuese una ciudad con sus monumentos, sus plazas y sus calles, entre las que parecía imposible que encontrara su camino.

Aun no se había atrevido á arriesgarse en medio de la sección de sederías, cuyo techo acristalado, mostradores lujosos y aspecto de iglesia la imponían respeto. Cuando entró al fin, para escapar á las risas de los dependientes de la ropa blanca, se vió frente á frente del escaparate de Mouret, y á pesar de su azoramiento se despertó en ella la mujer al ver el deslumbrante flamear de las sederías.

— Mira — dijo Hutin al oído de Favier — la grulla de la plaza Caillou.

Mouret, afectando escuchar á Bourdoncle y Robineau, estaba en el fondo halagado por la admiración de aquella modesta jóven, como una marquesa que se conmueve ante el deseo brutal de un carretero que pasa. Dionisia levantó los ojos y se turbó más aún cuando reconoció al jóven que tomaba por jefe de sección. Creyó que la miraba severamente. No sabiendo por dónde alejarse, se dirigió al primero que vió, á Favier, que estaba cerca de ella.

— ¿La señora Aurelia?....

Favier respondió secamente:

— Primer piso.

Dionisia tenía prisa por sustraerse á las miradas de tanto hombre, y volvía de nuevo la espalda á la escalera, cuando Hutin cedió á su instinto galante. Él, que la había tratado de grulla, la detuvo con el aire más amable del mundo.

— Por aquí, señorita, si teneis la bondad....

Dió algunos pasos delante de ella y la condujo al pié de la escalera que estaba á la derecha de la rotonda, bajo la galería. Ya allí, la hizo una inclinación, sonriéndola como sonreía á todas las mujeres.

— Torced á la izquierda, arriba. Las confecciones están enfrente.

Esta cortesía cariñosa conmovió profundamente á Dionisia. Era como un socorro fraternal que la llegaba.